

EL EPISCOPADO DE ARGENTINA

Entré al servicio del obispo de San Julián en 1939, poco después del deceso de mi esposo. Él había muerto con su socio en Tierra del Fuego, en un accidente aéreo, y me había dejado sola en Argentina, país cuyo idioma yo hablaba mal y donde no conocía a nadie. Como no tenía fortuna alguna, me vi en la obligación de encontrar trabajo. La proximidad de un hombre de Dios, había pensado al enterarme de que buscaban personal, me apaciguaría el alma y me ayudaría a superar la pena.

Me destinaron a las cocinas. La paga era modesta pero me daban alojamiento y comida; disponía de una habitación que compartía con Teresa, una cocinera chilena a quien jamás logré extraerle más de tres palabras seguidas. Al cabo de unas semanas enfermó una asistente y me tocó a mí reemplazarla. Tendría que ordenar cada mañana la habitación del obispo, lo que me pareció un gran honor. El intendente, Morel, hizo especial hincapié en la obligación de respetar los horarios con la mayor exactitud; en ningún caso debería molestar a Su Excelencia; él no debería ni advertir mi presencia.

—Será usted invisible para él y sólo pasará en la habitación el tiempo imprescindible para cumplir con su labor. Ni un minuto más. —Precisó que nadie debía entrar allí más que yo y que debía devolver a su sitio todo objeto que me viera obligada a desplazar—. Lo ideal—concluyó—sería dar la impresión de que la habitación se ha hecho por arte de magia. —Y con una sonrisa, añadió—: O más bien por milagro.

Así me encontré cada mañana en la habitación de Su Excelencia. Era una gran pieza de paredes blancas, amueblada con sobriedad; había un escritorio con tapa de rollo, un armario y dos camas gemelas separadas por una mesita de noche con una lámpara de tulipa biselada. Hoy me asombra no haber reparado en el aspecto insólito de este arreglo: era evidente que una de las dos camas sobraba. Pero yo estaba demasiado absorta en mi misión para hacerme preguntas: podría haber encontrado un bar o una gramola sin sorprenderme especialmente. De todos modos, al cabo de unos días me di cuenta de que era extraño: ¿para qué necesitaba dos camas un servidor de Dios? No tardé en observar que Su Excelencia utilizaba tan pronto una como la otra. A veces, más raramente, estaban deshechas las dos. ¿Había que concluir que se levantaba a medianoche para cambiar de cama? Yo no sabía qué pensar. Tal vez sufriese de la espalda y lo remediara alternando entre dos colchones; tal vez fuese insomne y, antes que moverse interminablemente en una cama donde el descanso lo rehuía, prefería acostarse en la otra.

Por irrisorio que fuese, el misterio de las dos camas de Su Excelencia se transformó para mí en una diversión que me distraía de la monótona vida del obispado. Un día, conversando con Morel, no pude resistir las ganas de interrogarlo. Me lanzó tal mirada que lamenté haber sido curiosa: habríase dicho que estaba poniendo en duda el dogma de la Trinidad. Me despidió con un ademán de exasperación. Avergonzada, me retiré corriendo y traté de hacer olvidar mi insolencia trabajando sin parar hasta la noche.

Claro que mi interés por las dos camas de Su Excelencia no disminuyó tanto. ¿Había que creer en definitiva que mi amo no pasaba las noches solo con Dios? Era una idea escandalosa que me esforcé en quitarme de la cabeza. No

obstante, la curiosidad fue más fuerte; al fin resolví rondar de noche por los pasillos para sorprender movimientos que pudiesen confirmar mis sospechas. Los primeros merodeos fueron tímidos: me conformé con bordear los corredores del ala de los criados para vigilar el patio a través de las ventanas y ver si entraba algún vehículo; si me hubiesen sorprendido, habría dicho que me había desvelado y venía de beber en la cocina. Con el correr de los días fui ganando en audacia y del ala de los criados pasé a la que habitaba Su Excelencia. Sigilosamente cada noche me fui acercando más a su dormitorio, con toda conciencia del riesgo que corría; una vez llevé el atrevimiento al extremo de pegar la oreja a la puerta. Sentí vergüenza, pero esa habitación me atraía de un modo irresistible. Por desgracia no oí nada y unos minutos después el miedo venció al deseo de penetrar el secreto de las noches de mi amo..., si es que había tal secreto y todo aquello no era un pobre fruto de mi fantasía. Regresé corriendo a mi habitación y estuve una hora escuchando cómo me latía el corazón bajo las mantas y esperando que Teresa, que respiraba tranquilamente cerca de mí, no hubiese descubierto mis manejos.

Paralelamente a las expediciones nocturnas, llevaba a cabo la investigación en los ratos que pasaba en la estancia de Su Excelencia por las mañanas. Mientras hacía la cama (a veces las camas) o barría, iba buscando indicios; pese a las instrucciones del intendente, echaba vistazos indiscretos a los papeles apilados sobre el «escritorio pequeño» (hablábamos del «escritorio pequeño» para diferenciarlo del «escritorio grande», expresión esta que designaba a la vez el despacho de la planta baja y su gigantesca mesa de trabajo), leía los títulos de los libros que había encima y los hojeaba, deteniéndome en las páginas dobladas. Alardeaba de espía infiltrada en campo enemigo; en mi comporta-

miento había algo de juego, pero sobre todo una curiosidad de comadre que admito que no me honraba. De todos modos, los resultados fueron tan lamentables como los de las rondas nocturnas: en la habitación del obispo no había más que libros piadosos y documentos sin interés; la única fuente de fantasías seguían siendo las dos camas y yo empezaba a creer que no lograría dar con la explicación.

Entonces ocurrieron varios hechos extraños que me reafirmaron en la idea de que no todo en aquella casa era normal.

El primero tuvo lugar un viernes de febrero. Dos días antes Su Excelencia se había marchado de San Julián a Buenos Aires, donde debía permanecer una semana; yo lo había ayudado a hacer la maleta y lo había visto partir. Ese viernes, pues, fui al lavadero a buscar sábanas. Iba cruzando el patio cuando se me llevó por delante un hombre casi desnudo a quien reconocí: era el obispo. Dejándome en el suelo, se metió en el edificio principal. Varias criadas que habían acudido alertadas por mis gritos me ayudaron a levantarme. Les conté que me había tirado el obispo; no me creyeron.

—Su Excelencia está en Buenos Aires; tendrás que buscarte otra explicación—dijeron, y entre risas volvieron a sus ocupaciones.

Sin embargo, estaba segura de no haber soñado: el empujón me lo había dado el obispo; el hombre que había visto era él. ¿Por qué no estaba en Buenos Aires? ¿Había hecho de noche—y sin anunciar el regreso—los doscientos kilómetros que separaban Buenos Aires de San Julián? En toda la semana no volví a verlo; reapareció el viernes siguiente, fingiendo que regresaba de Buenos Aires, como si no hubiera pasado nada.

Dos semanas después se cortó la mano derecha con un abrecartas. El tajo era profundo: un médico de San Julián vino a curarlo y se lo vendó. Al otro día me crucé con Su Excelencia. Le pregunté si le dolía mucho la herida; la pregunta pareció confundirlo y se contempló la palma largamente, como si no estuviese seguro de que esa mano fuera suya. Entonces vi que se había quitado el apósito y que la herida se había cerrado. Me lanzó una mirada inquieta, se disculpó y siguió andando.

A la mañana siguiente lo vi subir a su coche; llevaba otra vez la mano vendada.

Un mes más tarde ocurrió un nuevo incidente, éste todavía más inexplicable. Yo quería ordenar un cuartucho lindante con la habitación de Su Excelencia. La puerta estaba cerrada. En el despacho del intendente estaban las llaves de todas las cerraduras del obispado; fui hasta allí, cogí el manajo, subí de nuevo, introduje la llave y abrí. El espectáculo que se me ofreció cuando hube apretado el interruptor me dejó helada: allí estaba el obispo de pie, vestido con uno de esos sayos bastos que se ponía para estar en el obispado cuando no tenía citas, inmóvil y con los ojos cerrados como si durmiese. Terriblemente confundida, apagué la luz y volví a cerrar la puerta; necesité un buen rato para serenarme. ¿Qué hacía allí, solo en la oscuridad? ¿Había querido aislarse para meditar? ¡Bien habría podido oscurecer su habitación corriendo las cortinas o encerrarse en el escritorio grande y ordenarnos guardar silencio! ¿Quería decir entonces que *se escondía*? ¿De qué?

A grandes pasos fui de nuevo hasta la escalera. Cuando llegué a la planta baja por poco no me desmayo: Su Excelencia estaba allí, en el vestíbulo, charlando con el intendente; no llevaba el sayo, sino un traje gris. Tuve que agarrarme al pasamanos para no caerme; él notó que me pasa-

ba algo y se me acercó para preguntarme si me encontraba bien. Me asomaron lágrimas a los ojos y sólo pude repetir estas palabras:

—Estaba usted arriba, Excelencia... Estaba usted arriba.

El intendente creyó que deliraba; me puso la mano en la frente, afirmó que tenía fiebre y mandó que me llevaran a mi habitación. Pero dio la impresión de que al obispo mis palabras lo habían alterado; en vez de la afabilidad que había expresado momentos antes, en su rostro había una suerte de confusión exasperada.

—Bien, Morel, ocúpese usted de esto—dijo con un gesto nervioso.

Y, mientras el intendente me pasaba una mano por debajo del brazo para ayudarme a andar, giró los talones y se fue hacia el gran escritorio, que cerró de un portazo.

Morel me acompañó a mi dormitorio, me pidió que me acostara y después de taparme con una manta me aconsejó que durmiera.

—Si mañana te sigues sintiendo débil haremos que venga un médico—añadió—. Diré a las cocineras que a la hora de comer te traigan algo. —Luego se fue, dejando la puerta entreabierta. Yo me dormí en seguida.

Al anoecer entró Teresa con una bandeja que dejó al pie de la cama. Le di las gracias y respondió con una sonrisa: creo que era la primera vez que la veía separar los labios. Más increíble aún, se sentó a mi lado y habló.

—El obispo es dos—dijo—. Pero el otro está como muerto. —Y cuando le pedí que fuese más clara, repitió—: El otro está como muerto. —Luego se levantó y salió.

¿Qué había querido decir? Traté de descodificar la frase mientras tragaba el potaje que ella me había preparado; luego me volví a acostar y procuré dormirme imaginando a Su Excelencia en el lecho de muerte, las manos enlazadas,

desnudo y pálido a la luz de las velas; sobre un lecho gemelo había una réplica del cadáver. Las palabras de Teresa se me arremolinaron en la mente hasta perder su sentido.

Esa noche me sacó del sueño una mano que me acariciaba la espalda. Me sobresalté: iluminado por un candil, de la oscuridad surgió el rostro de Su Excelencia.

—Ven conmigo. Tengo que decirte algo.

Preguntándome si no estaba soñando, aparté las mantas, me levanté y me calcé los zapatos sin anudarlos. Como el obispo estaba en bata, no temí aparecer ante él en camisa. Eché una mirada a Teresa; se había despertado y me miraba con una expresión tranquila, como si la entrada del obispo en plena noche no tuviera por qué sorprenderla. Yo seguí a Su Excelencia por los pasillos desiertos; pasamos del ala de los criados al edificio principal, subimos a la primera planta y entramos en su habitación, donde reinaba la oscuridad.

Cerró la puerta, hizo girar la llave, se dio la vuelta y dirigió el haz de la lámpara hacia una de las camas. Allí estaba. Él, el obispo. Tendido, con los ojos cerrados. Mi incomprensión era tan absoluta que ni siquiera me entró miedo. El hombre que sostenía la lámpara también era el que la luz hacía visible: en la habitación había dos obispos que sin embargo formaban uno solo. Aunque pensé en la posibilidad de que fueran hermanos gemelos, intuí que era una explicación demasiado sencilla; por así decir, no se avenía con el extraño ambiente que reinaba en el obispado, bien que yo hubiera sido incapaz de expresar con palabras los sentimientos que ese ambiente me inspiraba. El obispo apagó el quinqué y encendió un farolillo que difundió en la habitación un débil resplandor. Permaneció callado, contem-

plando su cuerpo tendido con una especie de tristeza desengañada. Después de haber dejado escapar un suspiro, se sentó en la otra cama, a menos de un metro de sí mismo, con los pies en el pasillo.

—No te lo podía esconder más—dijo al fin.

—¿Quién es?—pregunté señalando el cuerpo inerte.

—¿Él? ¡Pues yo, caramba!—En vista de mi consternado silencio, continuó—: No sé si como castigo o como premio, el Señor no me ha dado un cuerpo sino dos: el que habito en este momento, y por cuya voz hablo, y el que ves estirado sobre esa cama, *como muerto*, y en el cual tal vez me encarnaré mañana.

—¿Mañana?

—Cada noche es un pasaje. Cuando me acuesto no sé en qué cuerpo me despertaré por la mañana. Algunas veces no cambia nada y al levantarme vuelvo a encontrar los dolores que sentía en la víspera. Otras mi alma transita: entonces tengo que redescubrir el cuerpo en donde estoy y vivir en él hasta la noche.

—Por eso tiene dos camas...

—Exacto. Cuando apareció el otro cuerpo mi primera reacción fue la de esconderlo. Como imaginarás, temía que me considerasen un monstruo. De todos modos, alejar ambos cuerpos entre sí fue una mala idea; si el alma transitaba, me despertaba donde había ocultado el cuerpo muerto, lejos de mi dormitorio, a veces en lugares inexplicables. Debo decir que no llegué a entender el mecanismo de los pasajes sino después de varias semanas. Al comienzo, como me despertaba constantemente en lugares donde no me había acostado, pensé que me había vuelto loco; luego comprendí cómo funcionaba la cosa. Concluí que era capital disponer de dos cuerpos cercanos entre sí; es decir, dormir en la misma habitación que yo mismo. —Calló un momen-

to antes de añadir, meditabundo—: ¡Y pensar que en un principio consideré la posibilidad de destruir el otro cuerpo! ¿Qué habría sido de mi alma después de abandonarme para volar hacia él?

Lo que estaba viendo y oyendo me pasmaba de tal modo que no supe qué decir. Él me invitó a sentarme y siguió contando, más para sí mismo que para mí.

—¡Figúrate las dificultades que acarrea el menor desplazamiento en un estado como el mío! Con mi equipaje tengo que llevar el cuerpo, y evitar el riesgo de despertarme donde me había dejado. ¿Te imaginas? ¿Descubrir en tu casa el cuerpo inerte del invitado que la noche anterior reía contigo y después, tras haber enviado el cadáver por avión, enterarte de que se encuentra de maravilla y ha reemprendido su actividad en el obispado? Imposible imaginarlo, desde luego. No obstante, he tenido que arriesgarme a partir de viaje sin mi cuerpo..., sin mi *otro* cuerpo. Ocurrió tres veces. Las dos primeras salió todo bien.

—¿Y la tercera?

—Buenos Aires, hace un mes. ¿Te acuerdas? Hacía dos semanas que no cambiaba de cuerpo y de pronto juzgué que el riesgo era limitado. ¡Vaya ingenuidad! Tú conoces el resultado porque me viste: me desperté en el cuerpo que había dejado aquí y, al salir del sótano, donde lo había escondido, te arrollé. Me precipité a mi habitación e hice un esfuerzo por volver a dormirme; felizmente lo logré y por milagro una hora más tarde desperté en Buenos Aires en el cuerpo correcto. Qué historia, ¿no?

Rompió a reír, como si la maldición de que era víctima fuese más una diversión que una tortura.

Fascinada, paseé la mirada entre el obispo vivo y el obispo muerto, perpleja—y, ahora que se había desvanecido el miedo, encantada—de saber que al día siguiente quizá re-

sucitara el muerto y el vivo muriese. No pude evitar preguntarle a Su Excelencia por las sutilezas del mecanismo.

—Estos cambios de cuerpo...

—Di «pasajes». Yo los llamo así.

—¿Estos pasajes suceden de forma azarosa, o hay cierta regularidad y circunstancias favorables?

—Lo he cavilado mucho, y me he deslomado por comprender qué impulsa a mi alma a cambiar de montura. Primero pensé que el Señor me había hecho el don de un segundo cuerpo para aliviar el primero cuando estaba rendido o enfermo. Me equivocaba. ¿Te acuerdas de las fiebres que tuve el invierno pasado, de las que tardé tres semanas en curarme? Todas las noches al dormirme rezaba por amanecer en mi otro cuerpo, sano y dispuesto. ¡Imagínate! Mi alma siguió acurrucada en el fondo de su envoltorio débil y aterido, y cada mañana me despertaba más enfermo que el día anterior. En cuanto a las regularidades, he pensado en todo. La temperatura, la dieta, la bebida, el humor, la presión atmosférica, la práctica de tal o cual actividad: nada explica los pasajes. No puedo sino remitirme a la voluntad del Señor y creer que es Él quien manda que mi alma se desplace de un cuerpo a otro en virtud de un vasto designio que es el Suyo.

Guardó silencio. A mí se me agolpaban las preguntas en la boca.

—¿Los dos cuerpos no están habitados equitativamente?

—De todos modos, en conjunto se establece un equilibrio. Eso creo yo, al menos. Tal vez al cabo de un año o de un decenio haya una suerte de compensación. He renunciado a saberlo.

—¿Envejecen a la par?

—Sí. El tiempo produce sus efectos tanto en uno como en el otro, estén o no habitados. Por lo demás me sucede, cuando voy a ver cómo está el cuerpo al que hace un tiempo

que no migro, que constato mi propia degradación mucho más nítidamente que cuando me contemplo en un espejo. Verse en forma de imagen y verse en forma de cuerpo, un cuerpo que es posible tocar y manipular, son dos experiencias por completo diferentes, créeme.

—¿Está frío?—pregunté.

—¿Perdón?

—Cuando está muerto.

—Ah, no exactamente. Es..., pero tócalo tú misma y te darás cuenta.

Me invitó a acercarme a la cama y poner la mano sobre la frente del muerto. Primero me negué, temiendo que el contacto con su ser inexistente fuera peligroso; o, más exactamente, que fuera odioso y malsano, como una caricia prodigada a un fiambre de verdad. Pero se impuso la curiosidad y deslicé las yemas de los dedos por la frente, los pómulos y los labios del obispo inerte. Era una sensación rara: la piel estaba tibia y, aunque el corazón no le latía, no me dio la impresión de estar muerto. En realidad me pareció muerto y vivo a la vez, si bien ninguna de las dos palabras era verdaderamente adecuada.

—Sencillamente, está inhabitado—afirmó Su Excelencia cuando le hube descrito mi sensación.

Discutimos la cuestión largo rato, yo interrogándolo y escuchando, él respondiendo y explayándose. La conversación era interrumpida por largos silencios, durante los cuales dejábamos pasear la mirada por el cuerpo inmóvil del otro obispo, un cuerpo en el que ahora yo veía menos un motivo de miedo o de inquietud que una fuente de ecuanimidad, casi de consuelo: a mitad de camino entre la vida y la muerte, perdido en un no-lugar que sobrepasaba el entendimiento, parecía sumido en el reposo más perfecto posible porque ya no contenía un alma que lo agitara.

Cuando le dije a Su Excelencia que me recordaba al doctor Jeekyll, replicó que el caso de él era más sencillo que el que había imaginado Stevenson.

—Henry Jeekyll tenía un cuerpo para cada aspecto de su alma—explicó—, mientras que yo tengo una sola alma para poblar mis dos cuerpos, y dos cuerpos totalmente idénticos. ¡Qué cosa más banal, más tierna, más carente de riqueza! Jeekyll tenía su apariencia, Hyde la suya, cada cual reflejo del espíritu que la habitaba: noble y atormentado para una, oscuro y perverso para la otra. Ambos personajes formaban un todo, justamente lo que no soy yo. ¿Comprendes? Cuando miro esta masa de huesos y carne que tengo enfrente, me da la impresión de que es un monstruo inacabado, una creación que el Señor dejó en suspenso. No es normal, no es natural que una mitad de mí esté condenada así a la inutilidad; es como si en el universo faltara un alma y una suerte de error administrativo me hubiera adjudicado a mí el cuerpo que hubiera debido estarle afectado. Tengo algo de más o algo de menos, no lo sé; soy un ser imperfecto, ni uno ni dos, que se ha quedado en medio del vado y no llega a la otra orilla. Jeekyll y Hyde eran uno y dos. Envidio su situación; me parece que alcanza una forma de perfección de geometría variable, magnífica y misteriosa. En mí no hay ningún misterio y el segundo cuerpo no me ayuda en nada a liberar la parte oculta. Se arrastra a mi lado como un órgano supernumerario e inútil, un órgano que de vez en cuando los caprichos del destino ponen en marcha, cuando mi alma se decide a migrar a él para alojarse allí un poco.

Cuando esa noche volví a mi habitación no pude conciliar el sueño y estuve revolviéndome entre las sábanas hasta la hora de levantarme. Como todas las mañanas, limpié la ha-

bitación de Su Excelencia: él no se había tomado la molestia de ocultar el cuerpo que no habitaba, y no se la tomaría nunca más.

No volvió a mencionarse el tema. El obispo deseaba que su doble cuerpo pasara a ser un elemento anodino en mi vida cotidiana, que yo hiciese ver que la cuestión era tan banal como un reumatismo o un dolor de muelas. Hablar de ella en voz alta habría estado fuera de lugar y habría sido una grosería; como el intendente Morel, como la cocinera Teresa (de quien me preguntaba cómo había llegado a saberlo, ella que nunca había tenido ocasión de entrar en la intimidad de Su Excelencia), me esforzaba por simular que no había en aquello nada de extraordinario. Todos cargábamos nuestro pequeño fardo, y el del obispo de San Julián era un cuerpo de más con el que debía avenirse.

Dejé el obispado en 1945, poco después de que se firmara el armisticio, para irme a vivir a Montevideo. Como el obispo me había pedido que le enviara noticias, cada año le escribía por Navidad y por Pascua. En 1952, rompiendo el silencio que había observado hasta entonces sobre el tema de sus cuerpos, transcribí en una carta una frase de las *Metamorfosis* de Ovidio: «Aunque emigre a otras figuras, el alma es siempre ella misma». Esperaba que no me guardase rencor y tomase la cita como lo que era: un gesto de simpatía y acaso un intento de dar consuelo. Me respondió que no la desconocía y que había apreciado reencontrarla de mi puño y letra. «No me olvidas ni olvidas mi secreto; por todo esto te doy las gracias». Sólo a la mañana siguiente, releendo la carta, la curiosidad me llevó a girar la hoja y descubrí el *post scriptum*: «Hace ocho semanas se me apareció un tercer cuerpo y la vida se me ha complicado mucho. ¿Cuántos más nacerán antes de que tenga al fin descanso?».